

Y á abrirse se atreve
La flor de Dione,
Aquel breve rayo
Engaña el sentido,
Y á Enero le pido
Las flores de Mayo.
Mas viene á deshora
El Noto irritado,
Y roba al collado
La luz que lo dora.
Al prado se lanza,
La rosa fallece;
Con ella fenece
Mi dulce esperanza.
Perdida alegría
De un alma doliente,
Si el hado inclemente
De tí me desvía,
Borrar tu memoria
Del pecho no puede;
Que amor nunca cede,
Y amarte es mi gloria.
Ni temas que huya
Tu dulce cadena;
Que alivio mi pena
Pensando en la tuya;
Y á pechos leales,
Amor, les previenes
Que esperen los bienes,
Si sufren los males.
Su ley, dulce amado,
Constantes guardemos,
Y así triunfaremos
Del tiempo y del hado.

XVII.

EL PONCHE.

Al dios celebremos
Que alegre y festivo
Difunde en las almas
Su dulce furor;
Y dando benigno
Delicia sin pena,
La flecha sañuda
Despunta de amor.

Al dios celebremos
Que al Bétis florido
Trajeron las naves
Del fiero Albion;
Que tal vez el suelo,
Fecundo de males,
Produce á los hombres
Benéfico dón.

De palma remota
Corona su frente;
Su rostro iracundo
Enseña á reir.
El vaso espumante,
Henchido en la mano,
Su voz poderosa
Debemos oír.

No temas, mi Filis,
Su fuego nativo;
Que templó su fuego
El blando azahar.
Gocemos del día
Brillante y sereno;
Que es necio el que espera
Pudiendo gozar.

XVIII.

LA SIMPATÍA.

Rayo de amor, celeste simpatía,
Fuego inmortal que abraza sin dolor,

Llama feliz, que al de su amante envía
Un corazón con dividido ardor;
Tu lumbre fué la favorable estrella
Que me guió á los pies de Filis bella.
Tú, blanda paz del mundo y de los seres,
Ligas al sol el astro matinal;
Por tí el león suspira los placeres,
Y unen por tí dos fuentes su raudal;
Por tí al mirar de Filis la hermosura,
Del tierno amor probé la llama pura.
En tierra, mar y viento tú dominas,
Al bruto, al pez, al pájaro fugaz;
La linda flor hácia la flor inclinas,
Y al duro iman el hierro montaraz;
Tu lazo fué, divina simpatía,
El que me unió con la adorada mía.

XIX.

AL CUMPLEAÑOS DE EMILIA.

Es hoy el fausto día
Que á tus floridos años
Un nuevo giro añade
El padre de los astros.
Y aunque de mustia escarcha
Yace cubierto el campo,
Y á la prision de hielo
El manso arroyo atado,
Alegra monte y valle
No sé qué nuevo encanto,
Y dulce primavera
Halaga los collados.
La flor que de la nieve
Temía los estragos,
Al viento y luz descubre
El cáliz esmaltado.
Calla el furioso soplo
Del Aquilon insano,
Y va por los oteros
El céfiro jugando.
No ya la aurora nieva
Entre celajes pardos,
Que vierte en los pensiles
El alelí del Mayo.
Las aves que perdieron
Nidos y sombras, cuando
El rígido Diciembre
Taló su pompa al árbol,
Ya bulliciosas vuelven,
Y animan selva y prado,
Y cantan sus amores,
Y oye el amor sus cantos.
Menos adusta alza
Su faz el monte cano,
Y nitida esmeralda
Matiza su costado.
Todo es placer; el cielo
Sereno brilla y claro,
Y brota en las praderas
Abril anticipado.
Sí, hermosa Emilia, hoy vuelve,
El Bétis alegrando,
La luz en que naciste
A ser de amor milagro.
Venid, pastores. Sea
Júbilo y danza el prado,
Y nuestra dulce amiga
Gozosos aplaudamos.
Desprecia ya, Sileno,
De amor el fiero dardo;
Que si en la cera encarna,
Se embotará en el mármol.
Baña de alegre risa
Los juveniles labios,
Aunque tu risa ofenda
Al flechador tirano.
Y tú, de las pastoras,
Aristo fiel, cuidado,
Tu blanda lira pulsa
Que vence suspirando.

Así cuando en tu pecho
Las iras son mayores,
Levanta más ardores
Mi inextinguible amor.

¡Ay! ¿Quién, tormento mío,
Así pudo trocarlo?
¿Es delito el amarte,
O lo es amarte yo?
Mas tú de mi delito,
Crímel, la culpa tienes.
¿Por qué brota desdenes
Un pecho que ya amo?

¿Quién convirtió en desvíos
Aquellos dulces lazos?
¿Quién me cerró los brazos,
En que feliz viví?
¿Por qué murió en tu boca
El beso regalado?
¿Por qué tu labio helado
Ya es mudo para mí?

Perdí el mirar suave,
Perdí el suspiro ardiente,
Y en mi gemir doliente
Te gozas desleal.
¿Por qué la muerte impía
No acaba mis dolores,
Y sacia sus fururos
La causa de mi mal?

Mas tú, mi dulce Emilia,
Entonces ¡ay! piadosa
Sobre mi helada losa
Llorarás tu rigor;
Y tarde arrepentida
Del duro ceño impío,
Dijeras: «El fué mío
Con verdadero amor.»

Ora, que aún vivo y puedo
Gozar de tus piedades,
Depon fieras crueldades
Y al tierno pecho vén.
Consuele en él tu halago
Cuando tu ceño ha herido,
Y vuelva amor perdido,
A ser su dulce bien.

XXII.

AL AMOR.

Amor, ¿quién entiende tus fieros engaños,
Tus paces, tus guerras, tu falsa dulzura,
El plácido halago, la acerba amargura,
Que tejen la vida del triste amador?
El sol más luciente le nace riendo,
Y logra dichoso tus blandos favores;
Mas súbito un áspid le muerde entre flores,
Y abraza sus venas celoso furor.

Amante de Emilia, probé su desvío:
Su ingrata belleza dejaba indignado:
Vencerla no pude lloroso y postrado,
Y sólo un enojo domó su desden.
Gocé sus favores, gemí sus mudanzas,
Rompí mi cadena, volví á sus caricias,
Lloré mil pesares, canté mil delicias,
Y fué de mis años la pena y el bien.

La ausencia y los celos con furia doblada
Mi pecho afligieron sensible y amante:
Mis tristes querellas burló la inconstante,
Gozándose en verme rendido al dolor.
Busqué en la mudanza remedio á mis males,
Y el mismo remedio mis males aumenta;
Y siempre asaltado de nueva tormenta,
El piélagos airado surqué del amor.

El són de la ternura
Al aire dé su encanto,
O del amor triunfante
El plácido desmayo.
Así en tu edad florida
Trocabas sollozando
De tu inconstante Iberia
Las quejas en halagos.
Oyelos tú gozosa,
Divina Emilia, en tanto
Que digna voz á Apolo
Fide tu Anfriso amado.
Y si mis versos pueden,
En Helicon grabados,
Al golfo del olvido
Sobrenadar ufanos,
Irá de gente en gente
Tu nombre idolatrado,
Ni tu amable memoria
Marchitarán los años;
Mas vivirá halagüeña,
Mientras el sol de ocaso
Derrame sobre el Bétis
Sus moribundos rayos.
Vive feliz, delicia
De tus amigos caros,
Y sus sencillas flores
Recibe con agrado.
Mas si el amor se oculta
Artero en algún ramo,
Con sólo que lo aceptes,
Ya queda bien premiado.

XX.

LA QUERRELLA INÚTIL.

Si ardientes suspiros,
Si lágrimas tiernas
Vencer no pudieren
Tu cruda fiera,
Del pecho brotaron,
Al pecho se vuelvan.
Un tiempo mi afecto
Premiaste risueña;
Trocó tu mudanza
Mis glorias en quejas:
Mas ¡ay! pues son vanas,
Al pecho se vuelvan.
Más fácil, lanzada,
Se pára la piedra,
Que escuche los ruegos
Mudable belleza;
Inútiles ruegos
Al pecho se vuelvan.
Los necios rivales
Tu olvido celebran,
Y escuchan riendo
Mis tristes querellas:
Del pecho salieron:
Al pecho se vuelvan.

XXI.

LA MUDANZA.

Lamento, infiel, lamento,
Aun más que tu mudanza,
El ver sin esperanza
Y eterna mi pasión;
Que cuando tu perfidia
Herido y triste llora,
Perdido bien, te adora
El tierno corazón.

Y cual la vid podada
Con más vigor recrece,
Y herido retoñece
El alto ciclamo;

Y cuando en el templo del fiel desengaño
La tabla he fijado del náufrago leño,
La ingrata me halaga, y al áspero ceño
Sucede la risa del dulce querer.
Amor, te conozco: la ingrata hermosura
Reparte contigo los crudos arpones;
Que sólo os agrada prender corazones,
Y si huyen la pena, brindais el placer.

XXIII.

LA AMISTAD.

Filis, tu amistad hiciera
Mi tierno pecho feliz,
Si al fuego suave que sientes é inspiras,
Amor no mezclara su llama sutil.
¡Cuán gallardo crece el lirio,
Gala del templado Abril,
Si el soplo del euro conmueve sus hojas,
Y riega la fuente su verde raíz!
Mas si ardiente el sol de Junio
Sobre él comienza á blandir
El férvido rayo, que abrasa los campos,
Y trueca en incendios el claro cenit,
Lánguido y mustio fallece,
E inclinada la cerviz,
El vástago seco, marchitas las hojas,
De tristes ruinas alfombra el pensil.
Amor, tiránico dueño,
Me ha condenado á gemir
La dicha que logro, gozando tu afecto;
Que tú amas tranquila, y yo ardo por tí.
Si miro tus bellos ojos
A los míos sonreír,
Y el beso apacible de amiga me ofreces,
Yo loco el de amante quisiera imprimir.
Tus miradas, tus caricias,
Tus juegos, toda tú, en fin,
La imagen me ofreces del puro cariño;
Y yo suspirando lo gozo infeliz.
Cese ya el engaño; ó ama
Como yo, ó huye de mí;
Que humanas venturas las mide el deseo,
Y gozo no entero no es gozo, es morir.

XXIV.

EL ESCARMIENTO.

Amor, ya libre respiro
De tu piélago espantoso:
Ya en el seguro reposo
De las orillas me miro.
Si áun suspiro,
No es de amante, es de cansado;
Que quien en el trance airado
Con vida escapó de Marte,
Aun sueña que sigue el fiero estandarte,
Y tiembla el peligro despues de pasado.
La hermosura encantadora
Que aprisionó mi albedrío,
De mí ciego desvarío
Se burla ingrata y traidora.
Fué señora
De mi amor, y áun lo sería,
Si tan necia como impia,
Creyendo eterno su imperio,
No hubiese rompido del vil cautiverio
Los vínculos fuertes su indigna falsía.
¡Dichosos los desconsoles
Que tu rigor me ha costado!
¡Dichoso el llanto, el cuidado,
La agitacion, los desvelos,
Y áun los celos!
Que en tu mudanza ó desden
Hoy recibo el parabien
De cuantas penas mi vida
Por tí atormentaron; que así, fementida,
A fuerza de males labraste mi bien.

Y tú, flechero vendado,
Que un tierno pecho engañaste,
Adios para siempre: baste
Los años que me has robado.
Su sagrado
La amistad me brinda abierto;
Ya ocupo tranquilo el puerto:
Filis y Euterpe me ofrecen
Los sacros laureles, que siempre florecen,
Y el puro cariño, que nunca es incierto.

XXV.

AL MISMO ASUNTO.

Injusto es tu enojo, querido bien mio;
Si yo desconfío del niño vendado,
Tambien he probado su falsa esperanza,
Su triste mudanza.
Yo náufrago he visto la mar alterada,
La nave azotada tocar las estrellas,
Y raudas centellas el piélago horrendo
Y el aire encendiendo.
Yo vi, peregrino, la senda perdida,
En fiero avenida crecido el torrente,
Cubrir dique y puente, y el campo inundado
De yerto ganado.
De violas y rosas el prado florido
Gocé divertido; cogí las más bellas,
Y un áspid entre ellas vertió por mi seno
Su ardiente veneno.
No extrañes que turbe el fiel escarmiento
La gloria que siento, tu rostro adorando;
Que es necio el que, amando, del dios que lo en-
Las artes no entiende. [ciende,

XXVI.

EL DESEO.

Ya de fulgentes flores se adorna primavera;
El céfiro apacible discurre por el prado;
Verdura deleitosa el plácido collado
Y mirto florecido corona la ribera.
La edad de los amores
Ya vuelve; el dios vendado su cierto arpon envía;
Ya abrasa en vivo fuego zagalas y pastores;
Ya vuelo á tus rediles, amada Filis mia.
No aljofarada hierba de recental querida,
Ni tanto al seco arbusto la lluvia es deliciosa,
Ni de cobarde gamo la loba deseosa,
Ni de repuesta fuente la cierva mal herida,
Cual yo de tu semblante
Busco la luz hermosa, que afrenta la del día;
Si el aterido invierno me vió gemir constante,
Ya vuelo á tus rediles, ya vuelo, Filis mia.
Llevaba mis suspiros el Aquilon silboso
Del Nervion nublado al Ebro floreciente;
De su feliz ribera y de mi amada ausente
Mil veces acusaba al Mayo perezoso.
Cuando el agudo hielo
La tierra marchitaba, el aire entorpecía,
Y de agrupada nieve cubrió su faz el cielo,
Por tí, mi dulce Filis, el corazón ardía.
Ya traspongo ligero los cántabros collados;
Del alaves tranquilo discurro las montañas;
Diviso allá á lo léjos las plácidas campañas;
Y de abundantes mieses los rios coronados.
Desciendo al Ebro hermoso,
Y busco en su ribera mi gloria y mi alegría.
Allí están sus rediles; amor, ya soy dichoso,
Que ya vuelva á mis brazos la amada Filis mia.

XXVII.

LA ESPERANZA AMOROSA.

No hay diosa que iguale
Mi dulce adorada,

Ni aurora rosada,
Ni sol cuando sale.
Dale, Venus, dale
La poma de oro,
Que es Filis el tesoro
Más lindo de amor;
Filis bella es la gloria del Ebro,
Y de la hermosura la gala y la flor.

El alma arrebatada
Su blando desvío;
Hirió el pecho mio,
Severa, no ingrata;
Si tal vez maltrata
Osados desvelos,
Con dulces ojuelos
Mitiga el dolor;
Filis bella es la gloria del Ebro,
Y de la hermosura la gala y la flor.
Si el mirto y la rosa
Los huertos florece,
Guirnalda le ofrece
Mi mano amorosa;
Su frente graciosa
Con ellas ciñendo,
Mi amada riendo
Aumenta mi ardor;
Robo un beso á sus labios divinos,
Y no se me enoja del Ebro la flor.
Mi afecto constante
Su nieve ya inflama,
Y dulce me llama
Su amado y su amante;
Y cuando brillante
Robaré el estío
Las ondas al rio,
Y al prado el color,
Será mia la gloria del Ebro,
Y de la hermosura la gala y la flor.

XXVIII.

EL BESO.

Cual suele, venciendo su márgen riscoso,
Lanzarse á las tierras
Soberbio el torrente, é inunda primero
La humilde pradera,
Y luégo crecido con lluvia incesante,
No admite riberas,
Y chozas y establos, ganados y puentes
Las ondas se llevan;
Del súbito estrago el rústico huyendo
Se acoge á la sierra,
Y, allí guarecido, los turbios raudales
Seguro contempla:
Así los furios del niño vendado,
Que Jove respeta
Al ver que domina con pérfido cetro
Entrambas esferas,
Burlé asegurado, buscando en tu pecho
¡Ay Filis! centellas
Del fuego inocente que enciende las almas
Con llama halagüeña.
Amiga constante, premiando mi afecto
Gozosa y risueña,
En plácidos juegos, en puras caricias
Y en pláticas tiernas,
Las horas sabrosas fugaces volaban,
La vida con ellas,
De amor ignorando la risa dañosa,
La ardiente saeta.
Mas ¡ay! que en el pecho sintiendo á deshora,
Cual sierpe cubierta,
La herida funesta probé de su aljaba,
Que mata y recrea.
Al bosque apacible de altivos laureles
¡Ay Filis! Te acuerdas?
Huyendo de Febo, llevados un día
La férvida siesta.
Allí recostados al márgen florido
De fuente encubierta,

Que en mansos raudales los mirtos y rosas
Halaga parlera,
De tórtola amante hirió nuestro oído
La ardiente querella,
Y en trinos suaves su fuego amoroso
Lanzó Filomena.

No sé qué torrente de llama sabrosa
Corrió por mis venas,
Y en dulce esperanza de nuevos placeres
Mi pecho enajena.
Ansioso te pido el beso de amiga;
Y tú, blanda y tierna,
Mi ardiente mejilla con boca inocente
Buscabas contenta.
¡Por qué ya, sedientos de gozos acerbos,
Te di en vez de ella
Mis labios, que osaron sellar por su daño
La rosa entreabierta?
¡Por qué, respirando su aroma divino,
Gusté de entre perlas
La miel destilada que fiera ponzoña
Ya el alma me quema?
Despues de aquel día, mi pecho encendido
Sosiego no encuentra,
Ni el campo me agrada, ni busco del Bétis
Las plácidas vegas.
Dejé los amigos, los libros me enfadan,
Y, Filis, tú mesma
Con blandos afectos, con puras caricias
Mi pecho atormentas.
Y al mal que padezco, querido bien mio,
Remedio no queda,
Si no haces que al beso que fué mi ruina,
Mil besos sucedan:
Al nombre de amigo, delirios amantes;
Y al prado y la selva,
El tálamo blando, la antorcha fecunda,
Que amores sosiega.

XXIX.

A MUSEO.

..... *Operosa parvus
Carmina fango.*
HORAC.

No al plectro sublime
Del vate Dircéo
Se atreve, oh amigo,
Mi lánguido genio.
Humilde abejuela,
Que agota su esfuerzo
Libando en el márgen
De Henáres ameno,
Ya el suave tomillo,
Ya el rudo cantueso,
Escribo afanado
Difíciles versos.
Cual férvido rio
Del monte corriendo,
Si acrecen sus aguas
Las lluvias y el viento,
Así el ditirambo
De Pindaro inmenso
Se lanza, y los lauros
Recoge de Febo.
Tú cauto le sigue,
Mi amado Museo;
Su curso señala,
No emules su aiento,
Que yo amedrentado
Admiro su vuelo,
Si el aura de Apolo
Le eleva hasta el ciclo.
No en alas de cera,
Surcando los vientos,
A golfos remotos
Daré nombre nuevo.
Más tenue y suave
Del grato Permeso,
Ya rosas, ya lirios
Despunto risueño.

Beldad é inocencia,
Amores y juegos
Diré, si algo canto
Que escuches sin ceño.

XXX.

LA TEMPESTAD Y EL ASILO.

¿No miras, vida mía,
Oculto el claro sol? ¿No ves la nube
Que enluta el bello día,
Cuál por los cielos se desplega y sube?
¡Ay! deja ya el solaz y la alegría
De ese márgen feliz; teme, cuitada,
Que, mientras juegas con las olas, ruja
La tempestad, el rayo se embravezca,
Y el firmamento sacudido cruja.
Tiempo habrá en que florezca
Tu lindo pié la orilla deliciosa
Del cristalino Bétis; ora teme;
Blando abrigo te ofrece mi cabaña,
Y la rama frondosa
Del laurel, que verdor eterno baña,
La cubre protectora y amorosa.
Vén, y aquí burlarás la cruda saña
De los airados vientos; vén, hermosa;
Que ya rebrama el Aquilon y el Noto,
Del polo y de las sirtés descendiendo.
¿No oyes el silbido horrendo
Que resuena en los árboles del soto?
¿No ves ennegrecida la alta esfera,
Cerrarse el horizonte,
Cruajada en nieblas la cerviz del monte,
Y herida de altas ondas la ribera?
¡Ay! vén, que amor te llama;
Amor vela por tí. Tu riesgo advierte,
Más doloroso á mi sensible pecho
Que las iras del hado y de la muerte.
Huye, aún es tiempo; la remota cumbre
El rayo tiñe en pavorosa lumbre.

Esta cabaña umbrosa
Tu dulce asilo sea,
Y aquí enjugar te vea
Mi llanto el blando amor.
Premia, adorada hermosa,
Mi corazón sincero,
Y brame el rayo fiero
Y el austro silbador.

XXXI.

Á ARMINDA, EN SU BODA.

Permite, bella Arminda,
Que en la feliz guirnalda
Con que el amor premiado
Tus sienas hoy enlaza,
De la amistad la rosa
Brille modesta y blanca,
Y al mirto de Citera
Nueva belleza añada;
Que aumentan mucho el precio
De la ventura humana
Los cantos que la anuncian,
Las voces que la aplaudan.
Y ¡oh! ¡si me fuese dado
Templar mi lira anciana,
Y que en alegres himnos
Apolo la hechizara!
¡Con qué placer diría
De tu hermosura y gracia,
De tu inocencia amable
Las dignas alabanzas!
Tu filial ternura,
Piadosa y noble alma,
Candor, modestia, ingenio,
Gozoso yo cantára;
Y el impaciente jóven,
Cuando con mano osada

El velo de Himeneo
Abrase entre sus llamas;
Y la virtud, que acepta
Del tierno amor las ansias,
Y los preciosos frutos
De union tan dulce y fausta.
Mas si de Febo el lauro
Me niega esquivia Urania,
De la amistad las voces
A enmudecer no alcanza;
Las que ella te desea
Vivas edades largas,
Feliz y virtuosa
Y amante y adorada.

XXXII.

EL VINO Y LA AMISTAD.

¿Por qué, buscando la dicha,
Se afanan sabios y necios,
Cuando tan fácil la tienen
En el néctar de Lico?

*Bebed, dulces amigos,
Los vasos empuñad,
Y unidos celebremos
El vino y la amistad.*

Cuando Arminda rigorosa
Desprecia mi amante fuego,
Con mi Silvio y con mi vaso
De sus desdenes me vengo.

Bebed, dulces amigos, etc.
Cuando á la amistad brindando,
Mi Aristo, contigo bebo,
Más que el laurel de Minerva,
La dulce botella aprecio.

Bebed, dulces amigos, etc.
La triste ambicion del oro,
Amigos, huya al Averno,
Y las flechas de Cupido
Contra los vasos quebrems.

Bebed, dulces amigos, etc.

XXXIII.

Á FILIS, EN EL DIA DE SU SANTO.

Perdona, bella Filis,
Que cante todavía
Tu hermosura y tus gracias
Mi cítara atrevida.
Si de tus lindos ojos
La dulce luz divina
Es rayo de Cupido,
Y de su madre envidia;
Si en el semblante puro
Sus rosas encendidas
La juventud y el Mayo
Sembraron á porfia;
Si en ese pecho, donde
Triunfante amor domina,
Con la ternura grata,
Santa virtud respiras;
Culpa de tu belleza,
Filis, será y no mía,
De mi extinguido genio
Que aún ardan las cenizas.
¿Quién sufre sin cantarlo
El fuego que tú inspiras?
¿Ni cuándo á hechizo tanto
Enmudeció la lira?
Y más volviendo Febo
Fausto y feliz el día
En que tu dulce nombre
Los cielos solemnizan.
¿En cuántos corazones
Grabado está! ¡Cuál gira
Por los amantes labios,
Que tiernos lo suspiran!
De la amistad, en tanto,

Candorosa y sencilla,
Los votos y los dones
Recibe tú benigna.
La amistad, que emulando
A amor, no quema y brilla;
Que sin su venda es ciega,
Y libre se esclaviza.
Las Musas y las Gracias,
Los juegos y las risas,
De seda y oro tejan
El hilo de tu vida.
Amor y orgullo seas
De tu feliz familia;
De tus amigos tiernos
La gloria y la delicia.
Nueva beldad tu rostro
Adquiera cada día;
Nueva virtud tu pecho,
Tu suerte nueva dicha.
Y pues tus bellos ojos
La ley severa dictan,
Si un venturoso haces,
Que mil esclavos giman;
Cuando á Cupido, Filis,
Tu altivo pecho rindas,
Su rosa encantadora
Te ofrezca sin espinas.

XXXIV.

EL VERJEL DEL AMOR.

Siguiendo las orillas
De un plácido arroyuelo,
Llegué á un jardín hermoso,
Envidia del Híbleo.
Allí es corona el árbol
Del matizado suelo;
Donde á la flor naciente
Halaga el manso viento.
La plácida esmeralda
Ofrece blando lecho
A los raudales puros,
Que al valle van riendo;
En tanto que las aves,
Saltando en el otero,
El eco de las selvas
Repite sus gorjeos.
Allí purpúrea rosa
Eleva el lindo cuello,
Afrenta de Diana
Y dulce amor de Venus.
Al vástago dichoso
Enajenado llego;
Mas ¡ay! hiere mis manos
Con su espinoso cerco.
Yo dije: «Las espinas
De la esquivéz no temo;
Que fáciles se rompen,
Cuando una vez hirieron.
Sólo temo entre flores
El áspid de los celos;
Que no hay contra sus iras
Ni asilo ni remedio.»

XXXV.

LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

Brilló el dorado Febo
En el cenit luciente;
Mas ya inclemente
Desde el Erebo
Tiende la noche fria
El manto oscuro que sepulta el día.
Nace gloria del prado
La nacarada rosa;
Mas ya en la umbrosa
Sierra alterado
Ruge el ábrego fiero,

Y difunta beldad la ve el otero.
El piélagos apacible
Sulcó feliz navío;
Mas rayo impio
Baja terrible,
Y los breosos lazos
Y el abeto inmortal quiebra en pedazos.
De amor los dulces bienes
Gocé y el dón divino;
Tronó el destino,
Y á sus vaivenes
Fué mi dicha adorada
Luz muerta, nave hundida y rosa helada.

XXXVI.

EPITALAMIO EN LAS BODAS DE ARDELIO

Y AMARILIS.

Á Ardelio.

Lo juré, caro Ardelio; de Cupido
Juré no más cantar sobre mi lira;
Y las rosas de Chipre, que me diera
Para ornarla la diosa de Accidalia,
Le desceñí, y el mirto enamorado
Arrojé adusto léjos de mi frente.
Ya sólo la virtud, la amistad santa
Determiné cantar. La sacra oliva,
De la sacra Minerva dulce premio,
La sencilla natura, y el reposo
De un corazón contento y moderado
Mi humilde musa celebró tranquila.
Mas ora del amor los dulces dones
Me agrada renovar; ora que vierte
Las llamas de su fuego más suave
Sobre el altar del plácido Himeneo.
Sí; canto del amor, de la delicia
General de los hombres, cuando unido
A la santa virtud, en casto lazo
Anuda los sencillos corazones;
Hé aquí, mi dulce amigo, la ventura
Que tu inviolable fe, que tu constancia
Y la de tu Amarilis hoy corona.
Y el canto del laud amartelado
Que riberas del Bétis me dió Apolo,
¿Negára yo á mi Ardelio? Bellas gracias,
Aquellas flores que en mi edad primera
Para mi frente prodigó Helicon,
De nuevo dad al olvidado vate.
Ya la ternura y la belleza canto,
Y la amistad, que al tuyo en blando nudo
Ligó mi corazón, ora halagüeña,
Para aplaudir tu amor, me entrega el plectro.
Ama, oh Ardelio, y goza; feliz vive;
¡Ah! vive á la virtud, al himeneo,
Al amor de Amarilis; en paz dichosa
Vuelen serenos tus amables días;
Y en tu favor el soberano ciclo
Oiga benigno el voto de tu Anfriso.

1.

Ya del cenit rosado
Desciende primavera,
Y de pintadas flores
El verde prado riega;
Amor el hondo valle
Y el alto monte suenan;
De dulce amor suspira
La ninfa de las selvas.
Y el tierno zagalejo,
Cuando á la luz primera,
El céfiro del alba
Discurre por las vegas,
Si el manso ganadillo
Sobre el otero lleva,
A resonar los troncos
El blando nombre enseña.
De alegre canto el ave
Las enramadas llena,

Y en torno los amores
Del dulce nido vuelan.
A la temprana llama,
Que el orbe sonrosea,
Amor en las campañas
Triunfando se presenta.
¿A qué pastor no hieren
Sus vencedoras flechas,
O qué zagala hermosa
Su imperio no sujeta?
Al yugo apetecido
Se rinden y lo besan,
Y al blando cautiverio
Con júbilo se entregan.
Mas víctimas vulgares
Hoy el amor no acepta;
Que en nobles corazones
Prender su fuego intenta.
Tú, del tartesio campo
Delicia y gloria excelsa,
Ardelio, a ti dirige
Su más ardiente flecha.
No de su aguda punta
La blanda herida temas;
Que del cielo, que adoras,
La disparó su diestra;
Del rostro de Amarillis,
Que acordes hermocean
De rosas Accidalia,
Y Cintia de azucenas.
Arde de amor; que amada
De ti la virgen bella,
Del fuego que te abraza
Será su pecho hoguera.
Gozad, jóvenes tiernos,
Gozad la edad risueña;
Ya amor correspondido
Os teje la cadena.
La antorcha de himenéo
Ya brilla placentera;
Ya el suspirado instante
De ser felices llega.
Y tú, del cielo hija,
Alma virtud, desciendas;
Que no hay sin ti placeres
Que efímeros no sean.
Las flores juveniles,
Edad sañuda, siegas;
Y en alas, la hermosura,
Del crudo tiempo vuela;
Mas el celeste lazo
Que la virtud estrecha,
Siempre de nuevas rosas
Coronará ella misma.
Hoy al placer os llama
La dulce primavera.
Del céfiro vencido
El Aquilon se ausenta.
Fecundidad sonrie,
Y complacida espera
El misterioso lecho
Colmar de prole bella.
Vivid, y amor constante
Del Bétis la ribera
En los futuros días
Con vuestro ejemplo aprenda.

2.

Y ¿qué á la tierna esposa,
Amor, qué le prometes?
¿Darásle de tu aljaba
La flecha más ardiente
O el arco victorioso
Que el mismo Jove teme
O el hechizado mirto
Que en tus jardines crece?
«No; ¿qué Amarillis bella
Arpon ni hechizos quiere,
Si en sus divinos ojos
Más cierto encanto tiene?
Daréla, sí, á sus días

Felicidad perenne,
Y contará dichosa
Por horas los placeres.
No, cual suelo, mudable,
Mas grato y firme siempre,
El pecho de su Ardelio
Será mi eterno albergue.
Y en fin, porque á su dicha
Ninguna dicha llegue,
Haré que el himenéo
La venda me renueve.»

3.

Oye, Amarili, el canto
De amor correspondido,
Con que celebra Ardelio
Su gloria y tus hechizos.
«De tus ojos, mi amada,
Más dulce me es el brillo
Que á los sedientos valles
El matinal rocío.
Es tu sonrisa el alba,
Que alegra los egidos,
Y de tu frente nace
El sol de Abril florido.
Envidian tus colores
La rosa y el armiño,
Y el aura de tu aliento
El ámbar exquisito.
Mas ¡ay! las lindas gracias
Que en tu beldad admiro,
De otras gracias reciben
Su blando poderío.
Dulzura no alterada,
Pudor sin artificio,
Bondad y fe que tienen
Tu corazón por nido,
Labraron la cadena
Que amor para mí hizo,
Y que jamas, hermosa,
La deshará el olvido.
Primero por las sierras
Huirán del mar los rios,
Y el sol volverá á oriente
El lúcido camino;
Será del campo gozo
Primero el hielo esquivo,
Y odiado el dulce pasto
Del tierno corderillo,
Que amor de mi existencia
No tenga el señorío,
Y tú, mi bien, no seas
La vida por quien vivo.
¿Qué valen los tesoros,
Del necio regocijo,
Ni so dorados techos
El miedo y el fastidio?
Amor, virtud, belleza
Será el tesoro mio;
Hé aquí, benigno cielo,
Los dones que te pido.
Ven tú, adorada esposa,
A ser mi dulce hechizo.
Ilustre tu hermosura
Mi venturoso aprisco.
Ven; que Mayo te ofrece
Sus rosas y sus mirtos,
Y las risueñas fuentes
Su espejo cristalino.
Ven; colma de un ama te
El voto enardecido,
Y el pecho, que ha llegado
Consuele amor benigno.»
Así con tierno acento,
Que inspira el dios de Gnido,
De la esperanza exhala
El plácido suspiro.
La dulce voz recogen
Los céfiros festivos,
Y de la amante esposa
La llevan al oído.

4.

Vén, dios de los placeres;
Tu pura antorcha arda;
Vén, de cándidos lirios
La frente coronada.
Vén; ya el amor te espera;
Ya las festivas Gracias
Las rosas de Citera
Vertieron sobre el ara.
El céfiro apacible
Agita ya sus alas,
Y esparce sobre el lecho
Del Mayo las fragancias.
Vén; que tu luz espera,
Mas linda que Accidalia,
La esposa embellecida
De amores y de gracias.
Ternura, que la enciende,
Pudor, que la recata,
Del amoroso Ardelio
Las atrevidas ansias;
Y la ilusión hermosa,
En realidad trocada,
Ilustrará benigna
Tu misteriosa hacha.
Desciende; el trono deja,
Do vencedor preparas
Placer á la ternura
Y premio á la constancia.
Que la voz festiva
Que llena la montaña,
Y del tartesio rio
Las húmidas moradas;
Vén, himenéo, vuela;
Amor te da sus alas,
Y su brillante velo
Las sombras y Diana.
Vén, y al candor primero
Verá envidiosa el alba
De Ardelio y Amarillis
La union afortunada.

XXXVII.

EL DESENGAÑO.

Oyó, Elisa, mis votos
El cielo, y ya clemente
Al agitado pecho
La dulce paz le vuelve.
¿Qué pena podrá ahora
El alma entristecerme,
Si la funesta flecha
Ya del amor no siente?
El áspero destierro
Del siempre amado Bétis,
La proscripción injusta,
Del hado los vaivenes;
La ausencia de los míos,
Que el corazón me hiera,
Y de enemigos fieros
Los odios y las redes;
Dulzura para Anfriso
Serán y gozo alegre,
Como tus lazos, fiera,
Escarmentado deje.
Ya fugitivo surque
Los golfos del oriente,
Adonde el euro apenas
Las quietas ondas mueve;
Ya el piélago del norte
Intrepido navegue,
Donde entre heladas nubes
El mustio sol fallece;
No ya de ajeno arbitrio
Dependerá mi suerte,
Ni de un tirano dueño
Mis males y mis bienes.
Para gozar del mundo

Los rápidos placeres,
No esperaré que Elisa
Los goce ó los apruebe;
Y si mi vida aflige
La adversidad perenne,
No buscaré en su pecho
Consuelos que atormenten
Soy libre ya, soy mio:
Amor su imperio pierde:
De la ilusión mentida
Rompí la venda aleve.
Gracias te doy, Elisa,
Que falsa é insolente
Mi pernicioso herida
Sanaste para siempre.
No más amor: la vida
Asaz de males tiene,
Sin que el falaz prestigio
Los doble ó los aumente.

EPIGRAMAS.

I.

A VÉNUS.

Deja, oh madre del amor,
Las bellas selvas de Gnido:
Vén á mi jardín, te pido,
Con el niño flecnador.
Venga el no agreste pudor,
Que flores temblando pisa,
Las Gracias, la blanda risa;
Y en tan delicioso alarde,
Si ha de ser feliz la tarde,
Vénus, que no falte Elisa.

II.

EL DESPEDIDO.

(Traducción del francés.)

Me amaba ayer *con furor*,
Segun dijo, mi querida,
Y hoy en carta muy cumplida
Se despide de mi amor.
Venid, feliz sucesor,
Estos efectos tomad,
La copia de su beldad,
Sus billetes más de ciento,
Su pelo y su juramento
De eterna fidelidad.

III.

LA FÁCIL.

(Traducción del francés.)

¿Al primer asalto mía?
Por Dios, que esto va, señora,
Más pronto que yo quería;
Si ha de durar más de un día,
Resistid siquiera una hora.

IV.

BELDAD PERFECTA.

Un retrato formó el cielo
De belleza celestial:
Carmin, nácar y cristal
Dieron color al modelo:
Su risa fué la que al suelo
Derrama el alba graciosa;